

mando forma de siervo, y humillóse, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (1); porque como la perfecta amistad desea igualdad con sus amigos, como Dios se vió tan alto, quiso bajarse y vestirse de la misma naturaleza que ellos (2): *In similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo*, haciéndose á semejanza de los hombres, y viviendo con ellos hermanablemente como hombre, asemejándose en todas las cosas á sus hermanos (3). Y demás de esto, como la perfecta caridad no solamente se muestra en hacer bien á su amigo, sino tambien en padecer por él trabajos; porque no hay mayor caridad que dar la vida por sus amigos (4), quiso la infinita caridad de Dios dar tambien estas muestras de amor; y como no podia padecer ni morir en su propia naturaleza divina, tomó la naturaleza humana, y en ella padeció gravísimos trabajos y desprecios, y muerte cruel por sus amigos: y ¿qué digo por sus amigos? padecióla por sus enemigos, para convertirlos en amigos, y por los que le aborrecian, para hacer que la amasen (5). ¡Oh abismo inmenso de la caridad de Dios! ¡Oh caridad alta y profunda, que levantaste al hombre á lo mas alto de Dios, y humillaste á Dios á lo mas profundo del hombre (6)! ¡Oh caridad paciente y benigna, que no contenta con hacernos bien, con grande benignidad quisiste padecer mucho por nosotros con grande paciencia! Ó Amado de mi alma, muestra conmigo esta caridad, dándome otra tal, que me incline á humillarme hasta el profundo de mi nada, y me aliente á padecer hasta morir por tu gloria. Esta misma ponderacion puedo tambien hacer en el misterio de la Eucaristía, donde se descubre la profundidad de la caridad de Dios, inventando medios de tan profunda humildad, para honrar y regalar á los amigos que le aman con verdadera caridad (como se dijo en el lugar citado).

2. Tambien se descubre la profundidad de esta caridad de Dios en el abismo de los secretos juicios de su divina sabiduría (7), en razon de hacer bien á sus amigos, á los cuales todas las cosas convierte en bien, las tribulaciones, aflicciones, tentaciones y miserias, así propias como ajenas, y hasta los mismos defectos y faltas en que caen por flaqueza se les convierte en bien, tomando de ellos ocasion para mas arraigarlos y perfeccionarlos en el amor. De suerte, que con profundidad incomprensible resplandece la caridad de Dios en todas las obras de justicia y venganza que hace en los malos, para provecho de los buenos, y en los buenos para hacerlos

(1) Philip. II, 7. — (2) Philip. II, 8. — (3) Hebr. II, 17. — (4) Joan. XV, 13.  
(5) Rom. V, 8. — (6) I Cor. XIII, 4. — (7) Rom. VIII, 28.

mejores, inventando mil medios y caminos muy ocultos, nacidos del abismo de la eterna predestinacion, para salvacion de los predestinados.

3. *Perfeccion de nuestra caridad.*—Estas son las cuatro excelencias de la infinita caridad de Dios, las cuales podré conocer y sentir, no tanto con largas meditaciones, cuanto con intensos actos de caridad, echando hondas raíces en ella, siguiendo el aviso que nos da el Apóstol aquí, cuando dice (1): Fundaos y arraigaos en la caridad, para que podais conocer por excelencia las propiedades y excelencias de la infinita caridad de Dios, y por ella vengais á comprender y abarcar una caridad larga en la duracion que dure hasta la vida eterna; ancha en la extension, que abrace todas las obras de amor, y todas las personas que pueden ser amadas; alta en la intencion y pretension, que no se abaje á cosas terrenas, sino que suba con el deseo á las celestiales; y profunda en la humillacion, sufriendo todos los trabajos y desprecios que os vinieren, por ser fieles á vuestro Amado. Ó Amado de mi corazon, dame una caridad semejante en estas cuatro cosas á la tuya, para que amándote con tal espíritu en esta vida, llegue á gozarte y amarte sin fin en la otra. Amen.

## MEDITACION XI.

DEL DESEO QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR TIENE DE SER AMADO DE LOS HOMBRES, DEL PRECEPTO QUE DE ESTO PONE, Y DE LAS AYUDAS Y PREMIOS QUE OFRECE.

—Aunque segun la sentencia de santo Tomás (2), es mas propio de la caridad amar, que ser amada; con todo eso la infinita caridad de Dios no se contenta con amarnos, sino desea sumamente ser amada de nosotros, no por su interese, sino por el nuestro; y por esta causa, como se ha dicho, nos gana por la mano en el amor para provocarnos á que le amemos, porque el amar es gran motivo para ser amado. Este deseo, y la grandeza y eficacia de él, se descubre en algunas cosas que pondremos en los puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.—*Del precepto del amor.*—1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, deseando ser amado de los hombres, les puso precepto de ello (3) mandándoles que le amasen

(1) Ephes. III, 17. — (2) 2, 2, q. 27, art. 1. — (3) Deut. VI, 5; D. Thom. 2, 2, q. 24, art. 5; q. 44; D. Bern. lib. de dilig. Deo.



de todo corazón, de toda su alma, mente, virtud y fuerzas; esto es, con toda la perfección que les fuese posible, no poniendo tasa en el amar, porque el modo de amar á Dios es amarle sin modo ni tasa alguna, y tanto el amor es mejor, cuanto es mayor. De donde se sigue cuán infinito sea el amor de Dios para con nosotros, porque quien desea ser amado sin tasa, y nos manda que no tengamos tasa en el amor, es señal que no quiere tener tasa en el amarnos y hacernos bien, porque Dios ama á los que le aman; y cuanto mas le aman y los ama, tanto mayores bienes les da; porque todas las dádivas y dones celestiales proceden del amor que Dios nos tiene, y nos disponemos para recibirlas con el amor que le tenemos. Ó Amado amabilísimo, pues tanto deseas que te ame sin tasa, dame lo que me mandas para que pueda cumplir lo que deseas: *Diligam te sicut diligor à te: Ámete yo como me amas tú, ámete como quieres ser amado, y ámete como me mandas que te ame.*

2. De aquí he de sacar una grande estima de este precepto del amor, como la tuvo Cristo nuestro Señor, llamándole: *Primum, et maximum mandatum, el primero y el mayor mandamiento* (1), por muchas causas.—Es el primero en orden, porque se pone por fundamento de todos, y es fundamento de la vida espiritual y raíz de toda la perfección, y por esto nos dijo el Apóstol, que nos fundemos y arraiguemos en la caridad (2).—Además, es el primero en la dignidad, porque manda el supremo acto de virtud que hay en la vida cristiana, que es la caridad, la cual es mayor que la fe, y que la esperanza, y que todas las demás virtudes, las cuales sin ella están como muertas; y así dice el Apóstol, que si me falta la caridad, aunque tenga todas las virtudes y ciencias, *nihil sum, soy nada* (3).—Además, es el primero en el merecimiento, porque la caridad es la primera causa de todos nuestros merecimientos delante de Dios, y sin ella ninguna obra merece algo, pues, como dice san Pablo, aunque dé toda mi hacienda á los pobres, y entregue mi cuerpo á las llamas, si no tengo caridad, *nihil mihi prodest, nada me aprovecha para merecer la vida eterna.*—Es también el primero en la suavidad y dulzura, porque de la caridad nace toda la suavidad del yugo de Dios, y la ligereza de la carga de su ley, y por ella sus mandamientos no son pesados (4), y propio efecto suyo es el gozo en el Espíritu Santo (5).—También es el primero en la eficacia, porque es causa de la observancia de los demás mandamientos; y por

(1) Matth. xxii, 38. — (2) Ephes. iii, 17. — (3) I Cor. xiii, 13.

(4) I Joan. v, 3. — (5) D. Thom. 2, 2, q. 28.

esta razón dijo Cristo nuestro Señor, que de él dependía la Ley y los Profetas. Y el Apóstol dice: que *el cumplimiento de la ley es el amor* (1). Finalmente, es el primero en la intención, porque como dice san Pablo, es fin de los preceptos, y todos se ordenan á la caridad (2), y á ella ha de ir enderezada nuestra intención; y así ha de acompañar todas nuestras buenas obras, haciéndolas en caridad, para que su bondad sea perfecta.

3. Por esta y otras causas he de cobrar una grande estima de este precepto tan encomendado de Cristo nuestro Señor, y alentarme al perfecto cumplimiento de él, lo cual consiste en dos cosas; conviene á saber, en quitar de mí cualquier amor y cosa que contradiga ó entibie la caridad, y en aplicarme á procurar el ejercicio de todas las cosas que le aumentan. Ó Amador eterno, ámete yo de todo mi corazón, mortificando en él todo mi amor propio, para que quede solo el amor tuyo. Ámete de toda mi voluntad, negando todos sus querereres, por cumplir lo que tú quieres: ámete con toda mi alma, enfrenando las pasiones de mis apetitos, para que se vayan tras tí todos sus afectos: ámete con toda mi mente, negando mi juicio propio, y cautivando mi entendimiento en servicio de tu fe, y en cumplimiento de tu voluntad; ámete con todas mis fuerzas, mortificando mis sentidos, y aplicando mis potencias á la guarda de tu ley. Y pues tus mandamientos no son imposibles, dame fuerzas para amarte del modo que quieres ser amado, haciéndome fácil y suave con tu gracia lo que es imposible á mi flaca naturaleza. Todo lo que se ha puesto en este coloquio es necesario para cumplir perfectamente este precepto; y á lo mismo ayuda lo que se dijo en la introducción de estas meditaciones, y en la meditación VIII.

PUNTO SEGUNDO.—*La caridad de Dios es causa de la nuestra.*—1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, deseando ser amado de nosotros, y habiéndonos puesto precepto de ello, nos da las fuerzas y eficacia para cumplirle con un modo excelente y admirable.—Porque lo primero, este infinito Amador nuestro, con el deseo que tiene de trabar amistad con nosotros, y de que la amistad sea entera de ambas partes, nos infunde y da liberalmente la caridad con que le hemos de amar, y el mismo amor con que le amamos; y nos ayuda para que le amemos con inspiraciones interiores, y con esto nos obliga á usar de esta caridad que derrama en nuestros corazones (3), obrando con ella y ejercitando varios actos de amor para aumentarla y cobrar siempre nuevas fuerzas para amar.

(1) Rom. xiii, 10. — (2) I Tim. i, 5. — (3) Rom. v, 5.



Por esta causa dijo san Juan: *Amémonos unos á otros: Quia charitas ex Deo est. Porque la caridad con que nos amamos procede de Dios* (1), y es razon usar de ella para amarle como quiere ser amado.

2. Pero mas adelante pasa la infinita caridad de Dios, el cual no contento con esto, nos da la misma fuente de caridad criada (2), que es el Espíritu Santo, y es la caridad increada, y caridad viva y amor vivo, para que asista dentro de nosotros, conservando nuestra caridad, avivándola, enderezándola, y solicitándola á que brote actos de amor; por lo cual dijo san Juan: *Conocemos y creemos la caridad que tiene Dios con nosotros; porque Dios es caridad, y quien está en caridad está en Dios y Dios en él: y en esto conocemos que está en nosotros, y nosotros en él; porque nos dió de su Espíritu Santo* (3). De suerte que quien tiene la virtud de la caridad infusa en su alma, tiene la misma caridad viva é infinita, que es Dios; y está dentro de Dios, y Dios dentro de él, unidos los dos con amor, y no solamente tiene al Espíritu Santo, sino al Padre y al Hijo, segun aquello que dijo Cristo nuestro Señor: *Si alguno me ama será amado de mi Padre, y vendremos á él, y en él moraremos* (4); y por consiguiente dentro del justo están las tres divinas Personas, que son la viva caridad, fuente y dechado de la que él debe tener, ayudándole para que guarde todas las leyes de la verdadera amistad, á semejanza del modo que Dios nuestro Señor las guarda.

3. ¡Oh alteza inefable de la caridad de Dios! ¡Oh fuente de agua viva, que estando en el corazon de tierra, le levantas hasta el tercer cielo, y le juntas con la beatísima Trinidad! ¡Oh Trinidad beatísima, que no solamente amas á tus escogidos, sino quieres tomar para tí el nombre del amor, y llamarte caridad, para que todos nos precieemos de ella! Ó alma mia, alégrate y da saltos de placer, porque tu Dios es caridad (5). Si Dios es caridad, ¿qué cosa hay mejor? Si quien está en caridad está en Dios, ¿qué cosa hay mas segura? Y si Dios está en él, ¿qué cosa hay mas alegre? Pues ¿qué amas, si á tal caridad no amas? Y pues este Dios de amor quiere entrar dentro de tí, y que tú entres dentro de él, para llenarte todo de caridad, entra tú tambien dentro de tí misma, y mira el dechado infinito de esta caridad que tienes dentro de tí, y ama á tu Dios trino y uno del modo que él se ama, uniéndote con él por caridad, como sus divinas Personas están unidas por esencia, siendo todas tres una misma caridad. ¡Oh Dios mio! *Ostende mihi caritatem tuam,*

(1) I Joan. iv, 7. — (2) Rom. v, 5. — (3) I, iv, 16. — (4) Joan. xiv, 23.  
(5) D. Bern., et D. Thom.; I Joan. iv.

*et amorem tuum da mihi. Muestra conmigo tu caridad, y dame tu santo amor. Ámete, Señor, fortaleza mia, refugio mio, y consuelo mio* (1), ámete como me amas, y como quieres que te ame, por todos los siglos. Amen.

—Estas jaculatorias y otras tales se han de repetir á menudo, para alcanzar en breve la caridad, unas veces pidiéndola y otras veces ejercitándola, porque no hay medios mas eficaces para alcanzar el amor, que amar y orar al modo dicho.—

PUNTO TERCERO.—*Premios del que ama.*—1. Lo tercero, se ha de considerar como la infinita caridad de Dios, con el deseo que tiene de ser amado de nosotros, aunque bastara mandarlo, y aun sin precepto era muy debido el hacerlo, con todo esto juntó con este precepto grandes premios corporales y espirituales, temporales y eternos, para obligarnos mas á que le amemos. Por lo cual en el Deuteronomio, mandando á su pueblo que le amase, añade: *Ut bene sit tibi, para que todo te suceda bien* (2). Como quien dice: No te pido que me ames por el bien que yo espero, sino por el bien que tú recibirás en amarme. Y cuán gran bien sea este, se puede ponderar en tres ó cuatro cosas.—Porque lo primero, el premio de la vida eterna se da por el amor; de modo que á la medida de la caridad se nos dará la gloria. Y aunque uno haya hecho obras de suyo muy gloriosas, y convertido muchas almas, y padecido grandes trabajos, si no llega á tener tanta caridad como otro que no ha hecho tales cosas por no poder hacerlas, no tendrá tanta gloria como él. Y así dice Cristo nuestro Señor: *Si alguno me ama, yo le amaré y manifestaré á mi mismo* (3). Como quien dice: Por el amor le daré la bienaventuranza, que es la clara vista de mi divinidad; y cuanto mas me amare, tanto mas me verá y se gozará en mí, y tendrá mas alto trono en el reino de mi Padre.

2. Lo segundo, los dones y favores celestiales, que son premio de esta vida, tambien se dan á la medida del amor que dispone para recibirlos; y así dice la divina Sabiduría: *Yo ando en medio de los caminos de la justicia y de las sendas del juicio, para enriquecer á los que me aman, y llenar cumplidamente sus tesoros* (4). Ó Sabiduría eterna, que muestras tu justicia y rectitud en premiar y favorecer á los que te aman, ayúdame á caminar por los caminos de la justicia y por las sendas de la perfeccion, amándote con todas mis fuerzas, para que sea digno de que me enriquezcas con tus riquezas

(1) Psalm. xvii, 2. — (2) Deut. x, 13. — (3) Joan. xiv, 21.  
(4) Prov. viii, 20.



celestiales, y llenes mis deseos con los tesoros de tus bienes sempiternos.

3. Además de esto, continuamente este amantísimo Dios, en lugar de hechizos nos previene con innumerables beneficios para que le amemos, trayéndonos á su amor y servicio *con cuerdas de Adán y con cadenas de caridad* (1), cebando el fuego del amor con leña de dádivas, y soplando con el sopro de sus inspiraciones, porque su venida al mundo fué á traer este fuego (2), y su deseo es que siempre arda, para tener también Serafines en la tierra como los tiene en el cielo. Ó Serafines celestiales, que estais ardiendo en fuego de amor, suplicad á vuestro Dios que me abrase con este fuego, atizándole de manera que siempre arda en esta vida, hasta que me junte con vosotros en la eterna. Amen.

4. Finalmente, para que por todos caminos quedemos presos y atados á su amor, nos amenaza con terribles castigos si quebrantamos el precepto de amarle, porque en faltando el amor, falta la vida de la gracia, y faltará la eterna de la gloria, y en su lugar entra la muerte y el infierno. Y por esto dijo san Juan: *El que no ama permanece en la muerte* (3) del alma, y permanecerá para siempre en la muerte eterna. Y san Pablo dice: *Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sit anathema maran atha, sea maldito y descomulgado* (4), y en el día del juicio sea apartado de los buenos que le aman, y echado en los fuegos eternos que han de abrasar á los que le aborrecen. De todo esto he de sacar la obligacion que tengo de amar á Dios nuestro Señor, principalmente por sí mismo, por su bondad infinita, y por el amor que me tiene, tomando esto, como dice santo Tomás (5), por motivo propio de amor; el cual, como dice san Bernardo (6) cuando es puro, aunque no es jornalero no carece de jornal, antes tanto mayor premio alcanza, cuanto menos le pretende; pero sin embargo de esto, para conservarle y aumentarle, puedo aprovecharme de las tres cosas que hemos aquí puesto, conviene á saber, de los premios que espero, de los bienes que recibo, y de los castigos que temo, haciendo de estas tres cosas una cuerda de tres dobleces (7) con que atarme más fuertemente con el amor, para que mis tres enemigos, mundo, carne y demonio, no prevalezcan contra mí, ni me puedan apartar de la caridad de Cristo. — Ó Cristo amantísimo y amabilísimo, bendito sea y será cualquiera que te

(1) Osee, xi, 4. — (2) Luc. xii, 49. — (3) Joan. iii, 14. — (4) I Cor. xvi, 22. — (5) D. Thom. 2, q. 27, art. 3. — (6) Serm. 83 in Cant. et tract. de dilig. Deo, § dicto proinde. — (7) Eccles. iv, 2.

ama; y maldito es y será cualquiera que te aborrece (1). ¿Quién no te amará, Dios mio, pues tantas bendiciones derramas sobre quien te ama? y ¿quién te aborrecerá, pues tantas maldiciones llueven sobre quien te aborrece? Ó alma mia, levanta las alas de mi corazón sobre todo lo criado y sobre tí misma, traspasa todo lo que es premio y pena, ó interese tuyo, y vuela con ligereza á lo íntimo y supremo de tu soberano Criador; ámale por ser quien es, y por su infinita bondad y caridad; ámale porque te ama, y porque desea ser amado de tí; dale gusto en lo que te pide, pues lo pide para tu bien; alábale y glorifícale, porque te manda que le ames, y te da fuerzas para cumplir lo que se dignó mandar. Ó Amado mio, ¿qué te va en que yo te ame? ó ¿qué te importa tener amistad conmigo? Á mí me importa, Señor, y no á tí; mas tu infinita caridad lo solicita, como si te importara á tí tanto como á mí. ¡Oh quién pudiese imitar en esto tu amor, olvidándose totalmente de sí por amarte á tí solo, único y sumo bien mio, á quien sea honra y gloria y continua alabanza por todos los siglos! Amen.

## MEDITACION XII.

### DE LA INFINITA MISERICORDIA DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la excelencia de la divina misericordia, comparada con su justicia, presuponiendo que estos dos atributos resplandecen en todos los dones que recibimos de Dios (2): la justicia en que los distribuye y reparte conforme al orden de su infinita sabiduría, y á lo que pide la naturaleza de cada cosa, ó los méritos de cada persona. La misericordia, en que con ellos nos libra de los defectos ó miserias que padecemos, ó por la imperfeccion de nuestra naturaleza, ó por la culpa de nuestra libre voluntad; lo cual hace en dos maneras, ó atajando la miseria antes que venga, ó librándonos de ella despues de haber venido; pero la justicia de Dios tiene su propia obra, que es castigar á los que no se aprovechan de su misericordia. — Presupuesto esto, tengo de considerar que aunque las divinas perfecciones, segun que están en Dios, todas son iguales; pero en orden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y en esto se señala grandemente la misericordia, y de sus obras se precia Dios mas que de las obras de justicia; y así dijo el apóstol Santiago: *Misericordia*

(1) Bern. Lib. de dilig. Deo, § Felix qui meruit. — (2) D. Thom. 1 p. q. 21, a. 3.